

ASPECTOS DE LA GÉNESIS Y EVOLUCIÓN DE LA CULTURA CASTREXA DE GALICIA

*Antonio de la Peña Santos**, *José Manuel Vázquez Varela***

RESUMEN.- Se presenta una hipótesis interpretativa sobre los orígenes y evolución de la Cultura Castrexa de Galicia y el análisis de los principales factores que intervienen en ella. El cambio es interpretado como resultado de factores endógenos, crecimiento demográfico y desarrollo económico, así como de influencias exteriores.

ABSTRACT.- A interpretative hypothesis about the origin and evolution of Galicia Castrexa Culture and principal factors analysis is presented. The change is interpreted as a result of endogenous factors, as demographic growth and economic development, and foreign influences.

PALABRAS CLAVE: Cultura Castrexa, Galicia, Génesis, Evolución.

KEY WORDS: Castrexa Culture, Galicia, Origin, Evolution.

Queremos dedicar a la memoria de nuestro querido amigo Manolo Fernández-Miranda esta hipótesis interpretativa de la génesis y evolución de la cultura castrexa de Galicia y el análisis de los principales factores que intervienen en ella.

Como punto de partida hemos empleado la síntesis publicada en su día por uno de nosotros (Peña Santos 1992a: 373-394), actualizada en fechas recientes (Peña Santos 1995), y en la que se distinguen de manera tentativa cuatro etapas desde el origen hasta la desaparición por aculturación de la Cultura Castrexa.

1. FASE DE FORMACIÓN (ss. X—V a.C.)

A partir más o menos de los primeros tiempos del I milenio a.C., y en un lento proceso que en el estado actual de la investigación parece ir de sur a norte y de la costa al interior, aumentan en el NO. peninsular los testimonios de un grado creciente de sedentarización de las comunidades humanas.

En este proceso intervienen varios factores, entre otros el climático representado por la transición

del Subborreal al Subatlántico, no suficientemente conocido en parte debido a que la intensa actividad antrópica enmascara los posibles cambios en la vegetación; una clara intensificación agraria (Ramil Rego 1993: 25-60) relacionada entre otras cosas con la adopción del cultivo del mijo (Vázquez Varela 1993-94: 65-73), que así permite un cultivo de cereales de invierno y de primavera; la presencia de nuevo utillaje agrícola, como las hoces de hierro; y muy posiblemente una mayor explotación de los recursos marinos, que harán posible la explotación intensiva de terrenos concretos.

Para la ubicación de sus primeros poblados, aldeas estables situadas en lugares estratégicos y protegidas con una mayor o menor obra militar, las comunidades galaicas van a elegir un emplazamiento característico, generalmente sobre espolones a media ladera con buenas facilidades defensivas, inmediatez a los terrenos de explotación preferente, e inmejorable control visual sobre estos últimos. La elección de un terreno de tales características parece estar condicionada, entre otros factores, por la presencia de suelos aptos para cultivos tecnológicamente no muy sofisticados.

En la costa aparecen yacimientos de reduci-

* Museo Provincial de Pontevedra. Ap.104. 36080 Pontevedra.

** Departamento de Historia I. Facultade de Xeografía e Historia. Universidade. 15703 Santiago de Compostela.

das dimensiones en penínsulas marinas, como las puntas de O Neixón y O Cabo da Cruz, ambos en el ayuntamiento de Boiro en la orilla norte de la ría de Arousa, en los que se detecta la práctica de la pesca y del marisqueo así como una cabaña ganadera compuesta por ovejas, cabras, cerdos y vacuno que se va a mantener a lo largo de todas las fases de la cultura castrexa.

Como es lógico, durante estos primeros tiempos, y seguramente hasta bastantes siglos después, estos primitivos castros van a coexistir con otros poblados abiertos de modelo más arcaico, tanto acantilados —Castelo de Matos, Alto da Caldeira— como de llanura —Bouça do Frade, Lavra, O Casal, Cíes— (Jorge 1990: 247-248; Bettencourt 1995: 105), lo que muestra sin lugar a dudas la lentitud con que se va a ir adoptando el modelo castrexo.

En cuanto a la arquitectura doméstica, sigue siendo un lugar común en la bibliografía arqueológica la idea de una implantación progresiva de la técnica de mampostería. Este modelo evolucionista cada vez cuenta con más evidencias en su contra, habida cuenta que castros tan arcaicos como Torroso (Peña Santos 1992b) o As Croas (Peña Santos 1994), entre otros, disponen ya de estructuras arquitectónicas domésticas edificadas con cuidados y, para su época, técnicamente adecuados muros de mampostería.

La adopción de la arquitectura doméstica de mampostería no tiene que responder necesariamente a limitaciones de índole técnica sino que en la mayoría de los casos primarían cuestiones económicas. Por otro lado, y como ha sido señalado recientemente, muchos “*niveles antiguos*” que se detectan en determinados castros, con estructuras arquitectónicas de materiales perecederos, puede que en no pocos casos en realidad se trate de niveles de ocupación relacionados con las obras y por tanto generados durante los trabajos de habilitación del espacio habitacional y la edificación del complejo defensivo (Fernández-Possé *et alii* 1994: 205), algo particularmente evidente en el caso del castro de Torroso.

Independientemente de la solución técnica adoptada, ya en estos primeros castros se evidencia un detalle que va a ser peculiar del fenómeno castrexo galaico: la adopción de los muros curvos en su arquitectura doméstica. Tanto las cabañas de materiales perecederos como las edificadas con mampostería, presentan plantas más o menos próximas a lo circular en las que parece continuarse una tradición anterior. Este modo de articular el espacio habitacional de los poblados, sin muros medianeros, es una más de las señas de identidad de este proceso.

Entroncando con lo anterior, durante la fase formativa que proponemos, las relaciones exteriores

del mundo castrexo parecen experimentar fuertes alteraciones. Considerando que el fenómeno nace durante el período álgido de la Edad del Bronce merced, precisamente, a la adopción de novedades de todo tipo llegadas desde el exterior, no cabe duda que en sus primeros tiempos estamos ante una sociedad en expansión económica abierta al exterior. Sin embargo, a partir de la entrada en decadencia de los circuitos atlánticos de intercambio de productos metálicos, se percibe una notable disminución de las relaciones comerciales exteriores aunque ello no impida la llegada de nuevos bienes culturales como el hierro, posiblemente procedente de las zonas meridionales de la Península Ibérica.

Desde el s. VIII a.C., las actividades metalúrgicas del bronce destinadas a la confección de piezas funcionales de buen tamaño parecen entrar en una fase de clara recesión, aumentando considerablemente el empleo de chatarra reciclada para la fundición de objetos tipológicamente todavía propios de la decadente metalurgia atlántica. Como ya hemos mencionado, parece probable que la cada vez más numerosa presencia de objetos de hierro en el registro arqueológico de los castros de esta fase se deba al comercio con las zonas meridionales de la Península.

A partir de estas fechas se va a ir generalizando el nuevo modelo de ocupación del territorio galaico. El carácter cerrado que los elementos de tipo defensivo confieren a estos poblados, sus dimensiones minúsculas y la forma tan aislada en que se distribuyen por el territorio, parecen poner en evidencia una estructura económica de tipo autárquico. Sus relaciones espaciales, salvo en lo relativo al acopio de minerales, metales o productos metálicos y algún tipo muy específico de piedra necesaria para prácticas muy concretas como la metalurgia, apenas van a ir más allá de su entorno inmediato, y el comercio exterior con el mundo meridional de la Península parece muy limitado. No existen indicios claros de una ocupación global del territorio ni de jerarquización entre los asentamientos. Este último aspecto parece esencial, pues confiere a los pobladores de cada castro una cierta independencia y sentido de la territorialidad con respecto a sus vecinos.

La panorámica de conjunto que se puede apreciar es la de una sociedad segmentada en reducidos poblados, entre los que parece advertirse la existencia de ciertas tensiones, ocupados por campesinos que combinan los cultivos de los cereales de invierno y primavera con una cabaña ganadera compleja (Vázquez Varela 1993: 194) y la recolección de bellotas de roble.

Si bien no tenemos datos sobre el modo de articulación social superior al castro, sí parece apre-

ciarse, por la presencia de un número muy reducido de joyas y armas de cierto valor, un determinado grado de jerarquización social.

2. FASE DE DESARROLLO (ss. V—mediados del II a.C.)

La fecha de inicio de esta fase es hipotética y se basa en la impresión, no suficientemente confirmada, de que por entonces el nuevo modelo de asentamiento —el castro— estaría ya suficientemente generalizado en el área galaica. Se trata, por tanto, de establecer una fecha convencional que no tiene por el momento mucho más valor que el de servir de marco de referencia.

En este momento, la cultura castrexa parece ocupar ya la totalidad del espacio galaico y actúa sobre sus recursos vegetales con mayor intensidad que en la etapa anterior, como se aprecia en los diagramas polínicos y en el aumento de la erosión de los suelos, prefigurando así el nivel de expansión de la época siguiente: abierto por el S. y por la recortada costa; cerrado en dirección a la Meseta por unas poco franqueables cadenas montañosas. Salvo presumibles contactos e influencias mutuas a través de determinados pasos naturales, en general estamos ante un paisaje que conduce al aislamiento y a la autarquía en tanto las relaciones marítimas y meridionales no adquieren carta de naturaleza. Gran parte de los rasgos culturales castrexos, y de manera muy primordial aquéllos que confieren a este proceso unas señas de identidad más marcadas, pueden ser bastante bien interpretados desde la óptica de esta peculiar geografía. Pero no conviene olvidar que ningún proceso cultural tiene unos límites territoriales precisos, y tan sólo podemos llegar a entrever el espacio en que su desarrollo es más marcado, diluyéndose obligatoriamente en las áreas marginales, en nuestro caso hacia el E. y hacia el S.

No obstante los avances que se vienen produciendo en fechas recientes de cara a dotar de contenido una fase que, al menos en teoría, debería constituir en buena lógica el núcleo esencial de lo castrejo (Carballo Arceo y Fábregas Valcarce 1991: 262; Fernández Rodríguez y Ramil Rego 1992: 433-445; Rey Castiñeira 1995: 165-171), lo cierto es que todavía no disponemos de todos los elementos necesarios para caracterizarla con el rigor deseado. Sabemos que durante estas centurias se va a generalizar técnica y formalmente la más típica arquitectura habitacional, que se experimentan indudables avances en los aspectos tecnológicos de la fabricación de cerámica con el posible uso del torno lento, mejoras en la

cocción, la ampliación y modificación del repertorio formal y de la temática decorativa de los recipientes con la introducción de la estampilla y estilos decorativos más barrocos, etc. En la metalurgia se documenta la aparición de nuevos tipos, entre ellos algunos de fibulas. También sobre bases estrictamente tipológicas y técnicas suele atribuirse a esta época gran parte de la joyería castrexa a pesar de que la inmensa mayoría de las piezas haya aparecido descontextualizada o en niveles arqueológicos pertenecientes a momentos más avanzados, generalmente en contextos en contacto con lo romano o plenamente romanizados.

Ciertos autores relacionan la presencia de estas novedades, que rastrean también en el N. de Portugal y de la Meseta, con la posible llegada de elementos “célticos” al territorio galaico, cosa en absoluto demostrada.

Del mismo modo, algunos rasgos en la distribución espacial de los poblados de este período parecen dar a entender el inicio de una tendencia hacia la explotación de los fondos de los valles con la progresiva implantación de poblados de marcado carácter agrícola (Carballo Arceo 1993: 74).

Los datos palentológicos y paleobotánicos documentan la continuidad de la cabaña ganadera, descrita en la fase anterior, que va a perdurar más allá del mundo castrejo, y de la agricultura que combina, también al igual que en la fase anterior, los cereales de invierno y primavera con la recolección de bellotas de roble.

Por su parte, los datos palinológicos y paleocarpológicos parecen apoyar la existencia de una mayor complejidad e intensificación de la agricultura por todo el territorio, como se aprecia en el aumento de la deforestación y de la erosión de los suelos como reflejo del incremento de la actividad antrópica sobre el medio.

En la costa se multiplican los datos sobre la pesca y el marisqueo y se sigue manteniendo un cierto dinamismo y recibiendo el efecto de los escasos contactos marítimos con el exterior. La presencia progresiva en el registro arqueológico de materiales de filiación mediterránea —cerámicas púnicas, áticas y greco-ítálicas, vidrios, objetos de hierro, etc.— indica un cierto mantenimiento de las relaciones de intercambio con las áreas más meridionales de la Península.

Los datos conocidos permiten considerar como posible que a lo largo de la etapa que comentamos se habría producido un cierto crecimiento de la población, un mayor desarrollo de las fuerzas productivas y, tal vez, el paralelo incremento de las tensiones intercomunitarias y de la jerarquización social.

3. FASE CASTREXO-ROMANA (mediados s. II a.C.—mediados s. I d.C.)

Desde fechas imprecisas de mediados del siglo II a.C., se desarrolla en el seno de las comunidades castrexas una serie de cambios, consecuencia de los cuales será gran parte de la imagen “típica” que de lo castrexo ha llegado hasta nosotros. Muchos de los rasgos tenidos por más peculiares y característicos de este mundo proceden, en su mayoría, de los primeros tiempos de contacto entre los mundos indígena y romano.

En la actualidad, parece más que demostrada la enorme trascendencia de esta fase en el desarrollo socioeconómico de las comunidades castrexas. Los cambios son tan evidentes que ya muy pocos investigadores rechazan su vinculación con estos tiempos transicionales y niegan el papel determinante que sobre estas transformaciones ha podido ejercer el mundo romano; primero, a través de contactos esporádicos —comercio y expediciones militares—, y más tarde, tras la definitiva integración. Conociendo ambos factores: cambios estructurales y presencia romana, la cuestión que todavía falta por dilucidar es averiguar cuántas y qué transformaciones fueron efecto de la propia evolución natural de las comunidades galaicas, y cuántas y cuáles fueron provocadas, directa o indirectamente, por el mundo romano.

Un aspecto, por ejemplo, poco o nada tratado es el papel que haya podido jugar la presión romana sobre los pueblos limítrofes —preferentemente célticos y lusitanos— y los más que probables movimientos poblacionales derivados de la misma. Un detalle en el que buen número de investigadores parece estar de acuerdo es en considerar que las comunidades castrexas se encontraban en pleno proceso de paso a una organización socio-política más compleja, que habría sido interrumpido por la conquista romana (Martins 1990: 194; Llorio Alvarado 1991: 26-35; Almagro Gorbea y Llorio Alvarado 1991: 34; Almagro Gorbea 1992: 23). Habrá que investigar hasta qué punto la presión romana sobre los pueblos limítrofes y la probable llegada de componentes étnicos foráneos procedentes de esas mismas comunidades ya sometidas o en proceso de conquista por Roma han tenido que ver en estas transformaciones y la posibilidad de que ésta hubiese potenciado el desarrollo de determinados rasgos políticos en el seno de las comunidades castrexas.

A partir de mediados del s. II a.C., el registro arqueológico comienza a poner de relieve la presencia progresiva de elementos que muestran la entrada del mundo castrexo en una fase de profundos cambios. El proceso se manifiesta tanto más tempra-

no y fuerte cuanto más al sur y más cercano a la costa, precisamente las zonas más abiertas al contacto con el mundo romano y las que antes van a quedar bajo su dominio. En este sentido, parece bastante evidente que las transformaciones que vamos a comentar no pueden ser desligadas de la lenta y progresiva integración de las tierras litorales galaicas en el Imperio romano desde el fin de las Guerras Lusitanas hasta la expedición de César, y su culminación interior en tiempos de Augusto. Las cronologías arqueológicas parecen dejar ésto bastante claro y confirmarían la inexistencia de una verdadera “conquista” —en el sentido militar, violento, del término— que la fragmentación del poder y la ausencia de una verdadera unidad y conciencia étnicas harían innecesaria.

La progresiva aparición de grandes poblados con unas nuevas concepciones urbanísticas y considerables obras defensivas parece poner de relieve, entre otras cosas, la presencia de una estructura socioeconómica más desarrollada capaz de promover y soportar grandes obras públicas, creadora de “lugares centrales” jerarquizadores del territorio, inmersa en un fenómeno de integración política del que serían fiel reflejo los “*populi*” que revelan las Fuentes (Martins 1990: 192; Alarcão 1992: 59).

Roma parece haber tolerado la organización social castrexa en los puntos en que no era contraria a sus intereses (Pereira Menaut 1994: 858-859). De hecho, vemos cómo, tras la absorción y hasta las reformas flavias, sobreviven y se refuerzan los elementos “políticos” castrexos, excepción hecha de la independencia (Pereira Menaut 1993: 112). A fin de cuentas, la Gallaecia, como región histórica, no deja de ser una “*invención*” de los romanos (Pereira Menaut 1994: 856).

El crecimiento demográfico y/o la redistribución poblacional que pone de relieve la aparición de los grandes poblados de esta fase, se ven ratificados por la sistemática puesta en explotación de los recursos agrarios que parece revelar la aparentemente planificada distribución de multitud de nuevos pequeños castros junto a las mejores tierras de cultivo, preferentemente de valle.

Los datos paleoecológicos muestran la importancia de la actividad agrícola, que se refleja en el polen de los cultivos, la deforestación y el proceso de erosión de los suelos como reflejo de la actividad antropogena.

Estos hechos, al tiempo que arrojan una cierta luz sobre el proceso de desarrollo castrexo, abren a su vez no pocos interrogantes, el mayor de los cuales, a nuestro juicio, sería poder conocer la procedencia inmediata de toda esa masa de población

que va a ocupar tanto los grandes “*lugares centrales*” como esa multitud de pequeños castros que, junto con los ampliados sobrevivientes de anteriores etapas, irá festoneando el territorio según un sistema muy próximo al que se considera tradicional en Galicia.

Los análisis espaciales revelan una ordenación territorial castrexa en los primeros tiempos de dominio romano que da la impresión de ser algo racional, planificado y enfocado a la explotación de los recursos, preferentemente agrarios. Esta planificación se hace difícil de entender como simple efecto de la dinámica interna de las comunidades castreñas; antes bien, parece probable que Roma habrá jugado un papel primordial en todo ello, y no sólo por la introducción de nuevos cultivos, aperos y técnicas (Martins 1991: 106).

Las élites locales parecen haberse integrado en una sociedad más compleja. Potenciados por los romanos como elemento de control de las comunidades, estos personajes —varones en todos los casos conocidos— colaborarán con los conquistadores, recibiendo a cambio mayores o menores prebendas y acrecentando su poder sobre los miembros de su comunidad. Las comunidades van a actuar como “*clientes*” del estado romano, creando unos vínculos de dependencia de los que serán fiel reflejo los pactos de hospitalidad (Sánchez-Palencia, Orejas y Fernández-Posse 1994: 250). Es precisamente en este contexto socioeconómico donde se pueden integrar sin mayores problemas, entre otros elementos de prestigio, la típica orfebrería castrexa y la plástica en piedra, en especial las estatuas de guerreros y la decoración que singulariza algunas casas.

Pacificación general, desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones comerciales a corta, media y larga distancia —primero sobre todo marítimas, pronto terrestres—, crecimiento económico, alza demográfica, complejidad social, etc., contribuyen a hacer de esta etapa la más dinámica del desarrollo del mundo castrexo. No es de extrañar, por ello, la paradoja de que todavía a estas alturas se siga identificando en no pocas publicaciones lo “*castrexo típico*” con las evidencias materiales de esta fase. Todas estas manifestaciones parecen responder a una realidad bien distinta: el control de los aspectos de la cultura castrexa que interesa a la política romana es uno de los temas fundamentales que explican su apogeo.

Elementos tan conocidos como la plástica en piedra, la orfebrería, los típicos puñales de antenas, los elementos de adorno más frecuentes, etc., hoy por hoy no pueden ser desligados de esta fase sin caer en la especulación. Sin negar que algunos o todos estos

elementos tengan raíces en etapas más antiguas, simplemente afirmamos que, por su propia condición, encajan perfectamente en este ambiente de desarrollo socioeconómico, a lo que hay que añadir algo que cualquier historiador debería tener bien presente: en la mayoría de los casos aún no han sido localizados en contextos anteriores a la presencia romana.

El desarrollo espectacular de algunos aspectos urbanísticos de los poblados es altamente revelador de los nuevos tiempos. La existencia de un instrumental de cantería más adecuado se traduce en el empleo de soluciones arquitectónicas más variadas y de cierta calidad. La organización interna de muchos poblados en “*unidades familiares*” cerradas formadas por dos o tres viviendas con sus correspondientes almacenes y un espacio común entre ellas (Peña Santos 1990: 249-254), revela rasgos de la organización social y referentes meridionales. En fin, la comprobación de que en esta etapa de más que segura calma —por evitar Roma las probables luchas internas propias del mundo indígena (Vázquez Varela y Bermejo Barrera 1991: 81-100)— se levantan los sistemas defensivos más complejos y aparatosos del mundo castrexo refuerza lo ya dicho y ratifica la frase de Elías Carrocera, que los define como “*las murallas de la dignidad*”. Naturalmente, la adopción de todas estas novedades se hace tanto más patente y más temprana cuanto más hacia el S. y hacia la costa nos dirigimos, continuando una tendencia de las épocas anteriores que ahora se plasma de forma más palpable, mostrando unas claras diferencias entre los conventos jurídicos Bracarense y Lucense.

4. FASE GALAICO-ROMANA (finales s. I—s. III)

Las reformas administrativas de época flavia parecen colaborar en la lenta pero sistemática desestructuración del mundo castrexo y su sustitución por la organización sociopolítica galaico-romana. Un rasgo evidente del cambio es el abandono de la inmensa mayoría de los poblados castrexos en beneficio de un sistema de explotación del territorio de nuevo modelo: las “*villae*”.

Buen número de castros mineros y ciertos pequeños castros agrícolas en pleno valle constituyen los últimos referentes de un modelo de asentamiento y de estructura social que va a ir desapareciendo al compás de los nuevos tiempos. Aunque exista una clara continuidad en la explotación del espacio económico, aunque las cimas de determinados poblados de claras condiciones geoestratégicas continúen mínimamente ocupadas, aunque en momentos de peli-

gro se reocupen ciertos viejos castros o se edifiquen (?) otros como Viladonga, ya nada será igual, porque la romanización, por mucho que sus efectos se quieran minimizar, creemos que transformó —o acabó— con bastantes cosas.

5. TENDENCIA EVOLUTIVA Y FACTORES IMPLICADOS

La comparación entre las características particulares de la primera y última fases del mundo castrejo muestra la existencia de notables cambios que permiten apreciar una tendencia de menor a mayor complejidad económica, social y política. Es la transformación de una sociedad eminentemente rural muy segmentada en otra mucho más vertebrada económica y socialmente en la que aparecen algunos yacimientos de un tamaño y una complejidad arquitectónica, social y económica desconocidos hasta entonces en el territorio.

Los principales factores que aparecen asociados en este proceso de aumento de la complejidad social son: el crecimiento de la población, el desarrollo de la agricultura, ganadería, pesca, marisqueo, de la explotación de los recursos forestales y geológicos, de la metalurgia y de los intercambios económicos internos y externos, las mejoras tecnológicas, etc.; en suma, el desarrollo de las fuerzas productivas. Ésto va unido a la mayor integración política de las diferentes comunidades castrejas, la mayor jerarquización social y el desarrollo, al menos en apariencia, de algunos aspectos relacionados con la guerra como la arquitectura defensiva (Vázquez Varela y Bermejo Barrera 1991: 82, 92), y de las relaciones exteriores.

Este conjunto de factores aparecen ampliamente relacionados entre sí en las más diversas culturas distantes en el espacio y el tiempo como ele-

mentos que se asocian con la complejidad social, bien como causa y/o como efecto. Según se recorre la teórica escala evolutiva, estos elementos se hacen más palpables en sus manifestaciones como factores o como consecuencias en los niveles de mayor complejidad (Renfrew y Bahn 1993). Por ello, puede pensarse que la evolución de la cultura castrexa es un proceso complejo, en gran parte de tipo endógeno paralelo al de otras sociedades de la época (Champion *et alii* 1988), sin que por ello haya que desechar necesariamente las influencias externas que se aprecian en todas las fases.

Si bien aún no conocemos con detalle el posible efecto de los elementos foráneos en la segunda fase, sí se puede indicar la más que probable importancia de las relaciones con el mundo romano en la tercera.

Sobre esta última, cabe pensar que si bien es innegable la acción de Roma en el esplendor del mundo castrejo, no por ello es menos probable que esa misma intervención militar, económica y administrativa, haya podido cortar la evolución de la Cultura Castrexa por sí misma hacia formas de mayor complejidad social como las alcanzadas por otras comunidades del final de la Edad del Hierro de Europa Occidental (Champion *et alii* 1988).

El mejor conocimiento del mundo castrejo en sus fases segunda y tercera y del proceso romanizador, quizás permitan algún día contrastar esta última hipótesis. En todo caso, la investigación en tal sentido ayudará a comprender este complejo proceso histórico: la transformación de las sociedades del Noroeste de la Península Ibérica a lo largo del último milenio a.C.

Pontevedra y Compostela, octubre de 1995

BIBLIOGRAFÍA

- ALARCÃO, J. DE (coord.) (1990): *Portugal. Das origens à romanização*. Vol. I de "Nova História de Portugal" (J. Serrão y A. H. de Oliveira Marques, dir.). Lisboa, Ed. Presença.
- ALARCÃO, J. DE (1992): A evolução da Cultura Castreja. *Conimbriga*, XXXI, Coimbra: 39-71.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1992): El origen de los Celtas en la Península Ibérica. *Protoceitas y Celtas. Polis. Revista de Ideas y Formas Políticas de la Antigüedad Clásica*, 4: 5-31.
- ALMAGRO GORBEA, M.; LORRIO ALVARADO, A. (1991): Les Celtes de la Péninsule Ibérique au IIIe siècle av. J.-C. *Etudes Celtiques*, XXVIII: 33-46.
- BETTENCOURT, A. M. S. (1995): Dos inícios aos finais da Idade do Bronze no Norte de Portugal. *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de Poder*, Lisboa: 101-115.
- CARBALLO ARCEO, L. X. (1993): Espaço e povoamento castrejo de Galiza. *Concepcións Espaciais e Estratexias Territoriais na Historia de Galicia*, Santiago de Compostela: 55-82.
- CARBALLO ARCEO, L. X.; FÁBREGAS VALCARCE, R. (1991): Dataciones de carbono-14 para castros del Noroeste Peninsular. *Archivo Español de Arqueología*, 64: 244-264.
- CHAMPION, T.; GAMBLE, C.; SHENNAN, S.; WHITTLE, A. (1988): *Prehistoria de Europa*. Barcelona, Ed. Crítica.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C.; RAMIL REGO, P. (1992): Fechas de C-14 en yacimientos arqueológicos, depósitos orgánicos y suelos de Galicia. *Gallaecia*, 13: 433-445.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.^a D.; SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; OREJAS, A. (1994): Estructura social y territorio en la Cultura Castreña prerromana. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, XXXIV, 3-4: 191-212.
- GONZÁLEZ, C.; SANTOS, J. (eds.) (1993): *Las estructuras sociales indígenas del Norte de la Península Ibérica*. Vitoria.
- GUITIÁN, L.; RAMIL, P. (eds.) (1993): *La evolución del paisaje en las montañas del entorno de los caminos jacobeos*. Coruña, Xunta de Galicia.
- JORGE, S. O. (1990): Complexificação das sociedades e sua inserção numa vasta rede de intercâmbios. *Portugal. Das origens à romanização* (J. de Alarcão, coord.): 213-255.
- LORRIO ALVARADO, A. (1991): Los celtas en el Noroeste. *Los Celtas en la Península Ibérica*, suplemento 5 de *Revista de Arqueología*, Madrid: 26-35.
- MARTINS, M. (1990): *O povoamento proto-histórico e a romanização da bacia do curso médio do Cávado*. *Cadernos de Arqueologia/Monografias*, 5. Braga.
- MARTINS, M. (1991). *O povoado de Santo Ovídio (Fafe). Resultados dos trabalhos realizados entre 1980-1994*. *Cadernos de Arqueologia/Monografias*, 6. Braga.
- PEÑA SANTOS, A. DE LA (1990): El urbanismo en el poblado galaico-romano de Santa Tegra (A Guarda, Pontevedra). *Actas do I Colóquio Arqueológico de Viseu-1988*: 249-254.
- PEÑA SANTOS, A. DE LA (1992a): El primer milenio a.C. en el área gallega. Génesis y desarrollo del mundo castreño a la luz de la Arqueología. *Complutum*, 2-3: 373-394.
- PEÑA SANTOS, A. DE LA (1992b): *Castro de Torroso (Mos, Pontevedra). Síntesis de las Memorias de las Campañas de Excavaciones 1984-1990*. Arqueología/Memorias, 11. Santiago de Compostela.
- PEÑA SANTOS, A. DE LA (1994): Primeras investigaciones en el asentamiento humano más antiguo localizado en el municipio de Pontevedra. *Diario del Domingo* (9-enero-1994), suplemento dominical de "Diario de Pontevedra": VI-VII.
- PEÑA SANTOS, A. DE LA (e.p., 1995): La secuencia cultural del mundo castrejo galaico. *Actas del Curso de Verano La Cultura Castrexa a Debate* (Tui 1995). Universidad de Vigo.
- PEREIRA MENAUT, G. (1993): Cognatio Magilancum. A propósito de la investigación sobre las sociedades indígenas del Norte de Hispania. *Las estructuras sociales indígenas del Norte de la Península Ibérica* (C. González y J. Santos, eds.): 105-116.
- PEREIRA MENAUT, G. (1994): Sobre la función del pasado histórico en los movimientos nacionalistas. *Homenaje al Prof. Presedo* (P. Saez y S. Ordóñez, eds.): 851-862.
- RAMIL REGO, P. (1993): Evolución climática e historia de la vegetación durante el Pleistoceno superior y el Holoceno en las regiones montañosas del Noroeste Ibérico. *La evolución del paisaje en las montañas del entorno de los caminos jacobeos* (L. Guitián y P. Ramil, eds.): 25-60.
- RENFREW, C.; BAHN, P. (1993): *Arqueología. Teorías, Métodos y Práctica*. Madrid.
- SAEZ, P.; ORDÓÑEZ, S. (eds.) (1994): *Homenaje al Prof. Presedo*. Sevilla.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J.; OREJAS, A.; FERNÁNDEZ-POSSE, M.^a D. (1994): La mano de obra en la minería romana del Noroeste Peninsular. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, XXIV, 3-4: 243-258.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. (1993): Arte prehistórico. *Galicia-Arte*, IX. Coruña: 17-238.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. (1993-94): El cultivo del mijo (*Panicum miliaceum* L.) en la Cultura Castreña del Noroeste de la Península Ibérica. *Cuadernos*

de Estudios Gallegos, XLI: 65-73.

VÁZQUEZ VARELA, J. M.; BERMEJO BARRERA, J. C. (1991): La Cultura Castreña. *Historia de Galicia*, 5, Vigo: 81-100.